XI

EN EL QUE EL PADRE SAN FRANCISCO EXPERIMENTA LA NECESIDAD DE DECIR ALGO AL VERDUGO

Desjardies, que se sabe inocente, no acierta á comprender que la Sociedad quiera suprimirle del número de los vivos, encontrándose como se encuentra en perfecta salud y en la fuerza de la edad.

Por eso, á aquellos hombres negros que le recomiendan que tenga valor, responde obstinadamente : ¡No!

El alcaide de la cárcel estaba allí, delante de él, tan pálido como él, y le decía con voz apagada :

— ¡Valor; la gracia ha sido denegada! ¡Valor, Desjardies!

Este sacudía obstinadamente la cabeza, contestando monótonamente :

— ¡No, no, no!...

No se oía más que esa palabra, pronunciada por el preso con terquedad infantil.

— Soy inocente ; — acertó á decir al fin. Y miró á

aquellos hombres negros, el alcaide de la cárcel, el prefecto de policía, el juez de instrucción, que le preguntaban si tenía alguna revelación que hacer. Y repitió de nuevo :

— ¡No, no, no!... — tendiendo al mismo tiempo sus manos, como el náufrago que confía aún en encontrar un asidero, un apoyo, un socorro cualquiera.

Sentado en el camastro, desnudo el cuello, descompuesto el semblante y los ojos desorbitados, con expresión de loco delirante, Desjardies gritaba : ¡Socorro, socorro! Y su grito resultaba lúgubre como el aullido de un perro que tiene la intuición de que la muerte pasa cerca de él.

Todos los testigos de la emocionante escena, magistrados, funcionarios y guardias, estremeciéronse involuntariamente. Jamás habían oído cosa parecida. No habían oído nunca que un condenado á muerte pidiese de aquel modo socorro contra la sociedad.

Mientras los guardianes vestían su pantalón al condenado, el alcaide se inclinó hacia él y con voz temblona hubo de preguntarle si tomaría una copa de ron.

— ¿Ron? — preguntó Desjardies, como si ignorase la significación de aquella palabra. — ¿Ron?

El alcaide ordenó en voz alta :

— Una copa de ron.

Uno de los guardianes se acercó con el vaso pedido llevándolo á los labios de Desjardies; pero éste le apartó el brazo con tal violencia, que la copa fué á rodar por el suelo.

Conocedor de sus obligaciones, el alcaide quiso llegar hasta el límite de las concesiones que le era permitido hacer al condenado á muerte.

— ¿Quiere usted un cigarrillo? — le preguntó.

Siempre absorto, Desjardies contestó como un eco:

— ¡Un cigarrillo!

El prefecto de policía se creyó en el caso de intervenir.

— Ya ven ustedes que no quiere nada; — dijo. — Lo mejor será que le dejen en paz.

Tal debía ser también la opinión del condenado, quien movió la cabeza, como aprobando lo dicho por el prefecto. Luego, ayudado por los guardianes, se puso en pie. Mientras tanto el alcaide volvióse hacia el monje, que permanecía discretamente apartado en un rincón de la celda. Extrañábase el funcionario de que el religioso no hubiese ya intervenido, evitándole á él el mal rato que estaba pasando tratando de animar al reo.

— ¡Padre! — exclamó el alcaide.

Pero con gran sorpresa de todos, el padre San Francisco, en vez de adelantarse, respondiendo á la tácita invitación del jefe de la cárcel, permaneció sumido en la sombra.

— El condenado, — dijo como para explicar su actitud, — rehusa los auxilios de la religión.

Conociendo como conocía por los partes diarios de los guardianes las excelentes relaciones que mediaban entre el reo y su confesor, el alcaide se extrañó en gran manera de las palabras pronunciadas por el religioso. Sin embargo, no juzgó oportuno pedir explicaciones acerca de las mismas.

Por su parte, el juez de instrucción, cumpliendo con su deber, habíase inclinado hacia el reo para preguntarle si antes de morir no tenía alguna revelación que

hacer. Desjardies no le oyó. En sus oídos y en su cerebro vibraban con fuerza las palabras pronunciadas por el recoleto. « El condenado rehusa los auxilios de la religión. »

El sonido de aquella voz amiga le puso en posesión de toda su entereza. Miró al religioso, recordando al mismo tiempo la inscripción de la fotografía, y en su cerebro adolorido se abrió paso la idea de que tal vez el fraile esperaba también que se produjese alguna intervención extraordinaria. Sin duda atribuía alguna importancia á las palabras misteriosas que prevenian al condenado á muerte que procurase evitar que le precediera el religioso. Y afirmándose en su idea de que de un momento á otro se intentaría algo para arrancarle á la muerte, el cerebro de Desjardies recobró su plena lucidez; tranquilizóse su conturbado espíritu, y en un instante sus sentidos todos se hallaron en disposición de funcionar y de prestarle sus servicios. Entonces, con voz entera, y entre el asombro de los circunstantes, exclamó con la mayor serenidad:

— Cuando ustedes quieran; estoy pronto.

Formóse el cortejo. Como de costumbre, el reo vióse rodeado de cuatro guardianes; pero esta vez el de los ojos de albino y la barbilla rubia no estaba á su lado, sino delante de él. Abriendo la marcha avanzaba el verdugo. El padre San Francisco, ateniéndose sin duda á lo ordenado por el misterioso redactor de las palabras escritas en la fotografía, en vez de preceder al condenado, colocóse junto al guardián que marchaba á la izquierda de este último. Cerraban la marcha las autoridades y funcionarios.

Las facultades todas de Desjardies hallábanse despiertas, en tensión extraordinaria. Hubiérase dicho que miraba con fijeza de frente ; pero en realidad su mirada escrutaba todos y cada uno de los individuos que iban con él, las piedras en que asentaba su planta, los patios que atravesaban, las puertas que se abrían, los rincones todos de sombra misteriosa... Poco tenía que andar para hallarse en presencia de la guillotina, y sin embargo parecíale que llevaba una hora andando. Unos cuantos pasos más, aún dos ó tres puertas franqueadas, y ya sería demasiado tarde. Así hubo de pasar bajo la negra puerta del vestíbulo y atravesar luego un corredor.

La comitiva llegaba á los talleres. Desjardies miró, volvió la cabeza para abarcar con su mirada ansiosa las salas desiertas, los bancos y las mesas que no ocultaban á nadie... ¡Nada, nada! El cortejo, que parecía tener prisa, seguía su marcha continuada, implacable...

Cerca del reo alguien vigilaba como él, alguien deseaba ver, adivinar lo que iba á producirse. Era el recoleto, el monje, que se repetía, como si se diese á sí mismo una orden : « no preceder al condenado. » Y pensaba con dolor que su puesto delante de este último lo ocupaba en aquel momento el verdugo.

Entonces, y cuando iban ya á salir del último taller para entrar en el antedespacho del alcaide, el padre San Francisco se adelantó un poco y poniendo su mano sobre el hombro del verdugo, llamó la atención de éste.

— Una palabra, si no hay inconveniente ; — dijo.

Hendrick se hizo algo atrás, y esto fué bastante

para que el grupo formado por el reo y los cuatro guardianes, que continuara avanzando, se encontrase en el corredor, mientras que el fraile, el verdugo y los personajes que seguían se hallaban aún en el último taller.

— Necesito, — dijo el fraile, — que me entere usted de un detalle. Creo que en el último momento no rehusará Desjardies los auxilios de mi sagrado ministerio. Si esto es así, ¿debo colocarme delante de él al salir á la plaza, con objeto de ocultarle en lo posible el cadalso?

El verdugo iba á contestar, pero no tuvo tiempo, porque en aquel momento se produjo un acontecimiento extraordinario, único, inverosímil.

Ello fué que el primer guardián, el que precedía á Desjardies, y que, según se recordará, era el de los ojos de albino, había llegado junto á la puerta de la habitación estrecha y larga donde debía procederse á la toaleta del condenado á muerte, y empujándola un poco, volvióse rápido como el rayo hacia el reo y lo arrastró consigo, desapareciendo ambos con movimiento de tal modo inesperado y brusco, que el resto del cortejo se detuvo un segundo sin acertar á comprender lo que pasaba. La luz se hizo en los cerebros cuando la puerta de la habitación estrecha y larga se cerró con violencia. Entonces comprendió todo el mundo que ocurría algo cuya explicación hacíase imposible por el momento.

La idea de una evasión en tales circunstancias no podía abrirse paso en el cerebro de nadie. Y sin embargo... ¿cómo y por qué habíase cerrado aquella puerta ?

En ella golpeaban furiosamente el alcaide y el sota-alcaide, ordenando con imperio que los que sin duda estaban detrás la abriesen en el acto. Y como la orden no era ejecutada, todos los circunstantes se miraron con estupor. Gritó el prefecto de policía, é imitando su ejemplo, los que con él se hallaban dieronse á gritar, golpeando al mismo tiempo la puerta, mientras el verdugo llamaba á voces á su ayudante :

— ¡ Próspero, Próspero!

El llavero mayor introdujo inútilmente una llave en la cerradura. Del otro lado de la misma había cerrojos que la mantuvieron cerrada, después de desaparecer por ella el guardián de los ojos de albino y el condenado Desjardies.

Ante la inutilidad de sus esfuerzos, todos aquellos hombres, funcionarios, guardianes y verdugo, retrocedieron en su camino, y sin dejar de gritar recorrieron sucesivamente los corredores, los talleres y el patio, precipitándose algunos hacia la puerta de este último que daba acceso al rastrillo, y otros á la que comunicaba con el locutorio; pero no tardaron unos y otros en convencerse de que se hallaban presos en la horrible cárcel, pues ninguna de las dos puertas se abrió para franquearles el paso.

Lo peor era que no había otras. Tan bien hubieron de concebir el plan de la gran Roqueta los arquitectos para evitar las evasiones, que condenadas las tres puertas que conducían al rastrillo por otros tantos sitios diferentes, todos los esfuerzos del alcaide y de los que con él se hallaban para restituirse á la libertad debían resultar de todo punto inútiles.

Comprendiéndolo así, redoblaron los gritos y los

golpes sobre las puertas, esperando sin duda ser oídos por la guardia de prevención que se encontraba en el vestíbulo, mientras que, pálido y sudoroso, el alcaide enjugaba su frente con el pañuelo, exclamando con mal contenida indignación.

— ¡Estoy deshonrado, deshonrado!... Y sin embargo, ese hombre no se escapará, no puede escaparse por ninguna parte. ¿Cómo ha de salir sin que lo vean, y lo detengan en el acto? Imposible, imposible, á menos que salga volando...

Detúvose de pronto, asaltado su cerebro por una idea súbita. El verdugo había firmado el registro de salida; él era pues el único responsable de la persona del condenado.

— ¿Tiene usted completa confianza en sus ayudantes? — le preguntó.

— Como en mí mismo; — dijo Hendrick. — Sin embargo, puedo asegurar á usted que no volveré á firmar nunca por anticipado en el registro, la salida de un condenado á muerte.

Dijo esto con gran tranquilidad, como si entre todos los allí presentes fuese él el único que se encontrase seguro de no perder su destino como consecuencia del extraño incidente que acababa de producirse.

Por su parte, el prefecto de policía murmuraba :

— Tenía razón Dixmer : sí, tenía razón.

XII

« ¡YO NO LE CONOZCO Á USTED! »

Dejamos al Buitre y á Pata de gallo en la habitación estrecha y larga inmediata al despacho de la alcaidía en el momento en que el verdugo alargaba la mano hacia el sobretodo del primero de dichos sujetos, ademán que hubo de impresionar no muy gratamente al improvisado ayudante del ejecutor de altas obras. Su emoción duró poco, sin embargo, pues Hendrick limitóse á appartar un poco aquella prenda que le impedía sentarse. Esto no obstante, el Buitre hallábase contrariadísimo. ¿Por qué el verdugo no se iba en seguimiento de los magistrados y funcionarios, como era natural que lo hiciese, para asegurarse, en la celda misma, de la persona del reo? ¿Sería preciso, por virtud de aquella incomprensible actitud de Hendrick, acudir al segundo de los planes concebidos, que era el del empleo de la fuerza, y la aparición de los cien *leones* de Montrouge en la esquina de la calle

de la Vacquerie en cuanto Desjardies atado de pies y manos asomase en la puerta de la cárcel?

En la hipótesis de que pudiera llegar este segundo caso, en el último consejo presidido por R. C., consejo que tuvo lugar en una habitación cuya ventana vimos abrirse en la calle de la Folie Regnault, cerca del café llamado del *Buen rincón*, fueron adoptados ciertos acuerdos importantes, que podemos resumir en breves frases. El Buitre y Pata de gallo, á quienes el Temerario debía comunicar las últimas instrucciones, quedaron encargados de atar de tal modo á Desjardies que éste pudiese desembarazarse fácilmente de sus ligaduras llegado el momento oportuno, y en este ejercicio pasaron varios días ambos compinches para adquirir la necesaria destreza en el arte de atar á un hombre sin perjuicio de dejarle la libertad de movimientos indispensable para hacer uso de sus brazos y sus piernas en caso necesario.

Si este caso se presentaba, es decir, si no había modo de liberar á Desjardies antes de que saliese de la cárcel, en cuanto las puertas de ésta se abriesen para dar paso á la comitiva, ambos falsos ayudantes del verdugo debían empujar hacia la izquirda al reo, quien se vería inmediatamente rodeado por los cien *leones* de Montrouge á los que no era de suponer que opusieran resistencia los pocos soldados que cerraban el paso por la calle de la Vacquerie, tanto más cuanto que la audaz tentativa había de cogerles desprevenidos.

Uno por uno iba recordando el Buitre todos los detalles de este plan atrevidísimo, perdida ya la esperanza de poner en práctica el primero, que era el más

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

factible, cuando con gran sorpresa suya y no menos alegría, vió cómo se levantaba el verdugo para dirigirse enseguida al sitio por donde poco antes desaparecieran los magistrados.

Siguiéndole con precaución pudo ver que Hendrick tomaba el camino de la celda del condenado; y entonces, adquirida esta certeza, cerró la puerta de aquella habitación, en la que debía efectuarse la toaleta última del condenado, aunque dejando descorridos los cerrojos.

Tanto él como Pata de gallo encontrábanse en aquel momento en la situación que hubo de parecerles como la más propicia para el mejor éxito de su temeraria empresa; estaban solos en aquella parte de la cárcel, no habiendo más personal cerca de ellos que el llavero de guardia junto al rastrillo.

Para la mejor comprensión de lo que vamos á referir preciso será recordar que la habitación estrecha y larga de que hablamos, tenía tres puertas : una que daba al interior de la cárcel, por la cual acababa de desaparecer el verdugo; la que conducía directamente al rastrillo y la que comunicaba con la alcaidía. Esta última se hallaba á su vez en comunicación directa con el rastrillo por medio de otra puerta.

Levantó un dedo el Buitre, y Pata de gallo hizo lo mismo. Ambos se miraron y sonrieron. Habíanse comprendido. Pero si la sonrisa de Pata de gallo tenía algo de cómico, la del Buitre en cambio daba miedo. Cuanto á los dos dedos elevados en el aire parecía como si dijesen : « Cuidado; llegó el instante de poner manos á la obra. »

Cerca del rastrillo se dejó oir el ruido que hacía el

llavero, yendo y viniendo ante el mismo, tosiendo ligeramente y agitando al toser su manojo de llaves. El Buitre señaló á Pata de gallo la puerta de la habitación que daba al rastrillo, y hecho esto entró él en la alcaidía, procurando ahogar el ruido de sus pasos.

Obedeciendo á una señal de Pata de gallo el llavero se acercó á la puerta, en la creencia sin duda de que aquel ayudante del verdugo necesitaba de él momentáneamente. Y no pudo ver, al acercarse, que alguien se aproximaba cautelosamente á él por detrás. Este alguien era el Buitre, que desde la alcaidía había ganado el rastrillo por la puerta de comunicación entre éste y aquélla.

Antes de que el gran Pata de gallo tuviese tiempo de explicar al llavero el servicio que de él esperaba, vióse el hombre sorprendido por el Buitre, quien apretándole con una mano la garganta, ciñóle la cintura con el brazo libre paralizando sus movimientos durante un instante, que fué aprovechado por ambos compinches para amarrar sólidamente al llavero, atándole de pies y manos, no sin undirle previamente en la boca un pañuelo, para reducir al silencio á aquella nueva víctima del misterioso poder de R. C.

Hecho lo que antecede, los improvisados ayudantes del verdugo transportaron al pobre guardián al locutorio y allí lo dejaron abandonado, cerrando tras sí la puerta. Todo esto había exigido menos tiempo del que se necesita para contarlo.

Generalmente, entre el momento en que los magistrados entraban en la celda del condenado á muerte y el en que caía en el cesto la cabeza del último, transcurrían apenas diez y siete minutos. Pata de gallo y

el Buitre no ignoraban este detalle; no tenían pues un minuto que perder.

Apoderándose de las llaves que el guardián encerrado en el locutorio dejara caer al verse sorprendido, dirigióse el Buitre á la puerta que comunicaba el rastrillo con la cárcel, y no contento con asegurarse de que los cerrojos estaban corridos, introdujo en cada cerradura un poco de alambre retorcido de cierto modo particular, que con seguridad no fué trabajado tan especialmente por un simple capricho de artista. Asegurada de este modo aquella puerta, regresó el hombre, uniéndose á Pata de gallo quien se hallaba encorvado contra la puerta por la que debía aparecer la comitiva, escuchando con atención. De pronto levantó el dedo, y el Buitre le imitó. Los dos hombres hablaban poco, pero se entendían á maravilla.

Oyóse ruido de pasos en el corredor. Aquel ruido iba aumentando poco á poco. La comitiva se acercaba. El Buitre se pegó contra el muro, como si pretendiera entrar en él, y Pata de gallo se colocó en el lado opuesto, de modo que la puerta al abrirse le ocultase. Y he aquí que la puerta se abre bruscamente.

— ¡Va! — dijo el Buitre.

Dicha sílaba debía sin duda significar que quedaba adoptado el plan de evasión que no hacía precisa la fuerza, por cuanto apenas oida del guardián de ojos de albino que precedía al cortejo, hubo de proceder como antes indicamos; es decir que se arrojó con Desjardies contra la puerta tras de la cual estaban los dos falsos ayudantes del verdugo, puerta que se cerró inmediatamente tras ellos, apresurándose el Buitre á correr los cerrojos.

El pobre Desjardies parecía no darse cuenta de lo que le pasaba. Sin embargo, ni el Buitre ni su compañero estaban al parecer dispuestos á perder el tiempo en explicárselo. El primero llegóse presuroso á su sobretodo, colocado como sabemos sobre el banco; lo desdobló, y del interior sacó una magnifica levita y un clac nuevecito, cuyo resorte movió en el acto.

— ¡El Señor va de reunión! dijo Pata de gallo permitiéndose la primera bromita de la noche. Y comenzó á vestir á Desjardies mientras del otro lado de la puerta descargaban sobre la misma golpes furibundos.

. . . . . .

Bajo el pórtico de la cárcel que precedía al patio grande, el ayudante que mandaba la guardia de prevención hablaba melancólicamente con el sargento Valentin.

— La verdad es, — decía, — que estar por casualidad de guardia en la Roqueta un día de ejecución y no poder asistir al espectáculo, me parece soberanamente injusto.

— Sí que lo es, — contestaba el sargento. — Pero, ¿está usted seguro de que no podremos echar un vistazo siquiera?

— ¡Y tanto! Ahí tiene usted al portero, que es quien me lo ha dicho .. Pregúntele usted, si quiere... Y si hay posibilidad de ver algo... Pero á mí me dijo que cerrarían la puerta en cuanto pase el cortejo.

Levantó el sargento los hombros, como manifestando su desprecio por consigna tan estúpida, y fuese hacia el portero, viejo de blanca barba que se paseaba

por el patio como si se propusiera despojarse, gracias al paseo, del sueño que parecía dominarle.

Hubo entre ellos un corto diálogo, y el sargento Valentin volvió hacia el ayudante alzando repetidamente los hombros, y pronunciando una palabra que explicaba con elocuencia el resultado negativo de su consulta.

— ¡Nada!

De pronto el ayudante, el sargento y algunos soldados que se encontraban tras los dos primeros, volvieron la cabeza hacia la escalinata del fondo del patio por el cual se llegaba al rastrillo, porque la puerta de dicha escalinata acababa de abrirse.

— ¡Ya están ahí! — dijo el ayudante.

Pero en lugar del cortejo que esperaban, vieron cómo un hombre, solo, descendía la escalinata, mientras que se cerraba tras él la puerta por la cual saliera.

— No, no es el cortejo aún; es un ayudante del verdugo; — rectificó el sargento.

El hombre que bajaba la escalinata era Desjardies. Pálido, como si le rodease toda la fuerza pública que tenía misión de llevarle al cadalso, vestido de levita y sombrero de copa, atravesó el patio, pasó con la cabeza baja ante el portero y los militares, y se detuvo junto á la puerta, bajo la bóveda, esperando... Llamado por el ayudante, el portero acudió.

— ¿Quiere usted salir?

Desjardies contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza, lo cual no extrañó al portero, acostumbrado como estaba á no oir nunca la voz de los ayudantes del verdugo. En su concepto, dichos

funcionarios eran réprobos, conscientes de su degradación, que no se atrevían á manchar á los demás hombres ni aun siquiera dirigiéndoles la palabra.

Una puerta, una sola, separa aún á Desjardies de la libertad como de la guillotina. Las llaves se mueven con ruido metálico; un enorme pestillo se levanta; la puerta rechina al girar en sus goznes, y de fuera penetra hasta la bóveda un poco de luz lívida, mientras que por el hueco que queda formando como un marco siniestro, es fácil distinguir los rojos brazos de la guillotina que parece que se elevan llamando á Desjardies.

Este no puede hablar. ¿Podrá al menos seguir andando? Porque sucede á veces, y es este uno de los ordinarios suplicios de la pesadilla, que las piernas se niegan á servirnos en el momento preciso en que la velocidad se impone.

El pobre Desjardies había pasado en pocas semanas varias veces y sin transición de la pesadilla á la realidad; de ahí que en aquel momento le fuera imposible explicarse si la guillotina que entreveía era la de sus sueños ó la verdadera. Muchas veces, en sus sueños siniestros quiso huir de aquella máquina horrible sin que le fuera dado conseguirlo. ¿Le sucedería lo mismo ahora?

No; rehízose de pronto y sus piernas se movieron. Iba ya á trasponer el umbral de la prisión, cuando oyó con terror cómo el portero le decía...

— Pero... yo no le conozco á usted.

Desjardies sintió que su corazón se helaba. Su desesperación subió de punto al darse cuenta de que no le era posible pronunciar una sola palabra. La len-

gua, pegada al paladar, le rehusaba sus servicios. ¡Y en qué momento! Incapaz de todo punto de la acción más insignificante, de la más breve palabra, Desjardies continuaba allí, de pie ante el hombre que acababa de entreabrir aquella puerta. Aun tenía fuerzas para sostenerse, pero sabíase en aquel momento semejante á esos cadáveres milenarios que de vez en cuando son puestos al descubierto en algunas ruinas; permanecen, intactos, en la actitud que los sorprendió la muerte, pero se desmoronan en cuanto se les toca con el dedo.

El hombre de las llaves repetía.

— Yo no le conozco : no sé quién es usted.

¡Oh, hablar, hablar! ¡Poder pronunciar esta sencilla frase! « Yo soy el nuevo ayudante del verdugo y voy á buscar en el furgón algo de que tenemos necesidad. » Pero es esa una frase extrordinaria, que no se pronuncia todos los días y que pesa sobre la lengua como una losa de plomo... « Soy el nuevo ayudante del verdugo... »

No; Desjardies no puede hablar.

XIII

LA SEÑORITA DESJARDIES

— ¡Introducid á la señorita Desjardies! habia dicho el rey Misterio.

Apenas dada la orden, una puerta que nadie habia visto, una puerta secreta y bien disimulada, se abrió en el muro. Hacia aquel hueco convergieron todas las miradas, y fuertes murmullos, exclamaciones de sorpresa sin duda, resonaron en el salón cuando en el umbral de aquella puerta que conducía nadie sabía dónde, apareció una figura que nadie sabía de dónde llegaba. Aquella figura semejaba una estatua animada: una encarnación de la desesperanza, pero idealmente hermosa, como no se concibe en quien tiene las lágrimas como atributo.

Era la hija de Desjardies, que con una mano se apoyaba en el marco de la puerta, como si temiese que su extremada debilidad la hiciese rodar por el suelo de un momento á otro.

Sobre la poblada cabellera negra llevaba un velo

que servía de marco á la cara, de palidez marmórea. Pero precisa decir, en honor á la verdad, que jamás artista alguno esculpió en el mármol de Paros óvalo más puro ni frente más armoniosa, no obstante el dolor que la contraía, ni ojos más bellos á pesar de las lágrimas que los inundaban, ni boca de más gracioso dibujo, aunque la amargura mantenía cerrados los carnosos labios.

R. C. avanzó hacia la joven en medio de un silencio de muerte, y le tendió la mano, que ella tomó vacilante, dejándose conducir dócilmente á presencia de Sinnamari. Entonces, cuando estuvo frente al procurador imperial, cayó de rodillas, y por un buen espacio de tiempo sólo se oyó en la estancia el rumor de los sollozos de la afligida joven.

— Hable usted, — dijo R. C. — hable usted, señorita, si es que aún le quedan fuerzas para hacerlo. Diga usted al señor procurador imperial todo cuanto sabe.

La emoción más intensa aparecía reflejada en los semblantes de todos los allí presentes, incluso en el de Sinnamari, que no lograba substraerse á un sentimiento de relativa piedad.

— Señor procurador, — dijo Gabriela Desjardies con voz desfallecida, — mi padre es inocente. Yo diré á usted... es preciso esperar, sí, es preciso; yo no creo posible que no se me conceda el tiempo necesario para probar que mi padre es inocente. Si usted me hubiese oido antes ya lo sabría todo, y pensaría usted como yo, sí, señor, lo mismo que yo... Pero no ha querido usted oirme. Afortunadamente he logrado verle, á usted, que lo puede todo, y creo que aun puedo esperar... aun espero...

Y la joven, al decir que aun esperaba, exhaló tan lúgubre suspiro, que todos los allí presentes se conmovieron hondamente. Luego prosiguió, procurando dominar la angustia que la ahogaba, tratando de decir alguna cosa, de arrancar á su garganta algo que no fuese gritos estériles y lamentos sin valor para la causa que defendía.

Procuraba explicarse, dar á entender que se había procedido con ligereza; pretendía discutir técnicamente, como discuten los abogados, y el espectáculo de su impotencia resultaba por todo extremo penoso. De vez en cuando deteníase vencida por el dolor, y en aquellos momentos el silencio angustioso de Gabriela parecía á los circunstantes aún más lamentable que sus frases incoherentes y entrecortadas.

Pero de pronto hubo de pronunciar palabras inesperadas, al oir las cuales todos aquellos hombres se acercaron, formando como un círculo humano en torno á aquella desesperación que se arrastraba dolorosamente por el suelo.

¿Por qué la palidez de los semblantes? ¿Por qué las miradas parecían interrogarse á hurtadillas? ¿Qué poderoso interés agitaba las conciencias de Sinnamari, de Regine, de Eustaquio Grimm y del mismo Filiberto Wat, mientras que, cruzados los brazos, el rey Misterio seguía con escrutadora mirada de juez la súbita transformación de las fisonomías, y mientras que detrás de él, agarrándose á los faldones de su frac como lo hacen los niños mediosos, se agitaba un ente singular que habíase presentado en el salón sin que nadie supiese cómo ni porqué. Era de talla reducidísima, vivo de movimientos, y de tal modo confor-

mado, que más aún que ser humano parecía un gnomo. Su cara, que era la de un viejo, variaba continuamente de expresión, reflejando con frecuencia la ironía, unas veces infantil y otras feroz hasta parecer cruel. En aquel momento el enigmático gnomo suspendió sus sorprendentes muecas y dejó oir una especie de cloqueo.

La voz de Gabriela parecía salir de una tumba : de tal modo era débil. Y aquella voz decía :

— ¿Cómo lo he sabido? Pues por una casualidad; por una gran casualidad, señor. Yo no sabía nada de ese suicidio de un empleado de la Asistencia pública. Los periódicos habían hablado de eso, pero yo no los leo... Además, ¿cómo había yo de suponer que esa historia pudiera estar relacionada con nuestros asuntos? De ningún modo. Que un empleado de la Asistencia pública se suicida... ¿qué relación puede haber entre ese hecho y el asesinato de un empleado de la audiencia? Ninguna. Es decir, cree uno que ninguna, y sin embargo... Oigame usted, señor procurador; yo desearía contárselo todo; todo lo que me ha ocurrido desde que descubrí eso... El relato no será largo... Pero aunque lo fuese, debe usted escucharme para salvar á mi padre, á quien usted conoce... Usted sabe muy bien que no es, que no puede ser un asesino... Déjeme usted que hable; hay tiempo... ¿verdad que hay tiempo?

Cuando la sin ventura pronunció esas palabras « hay tiempo » la angustia oprimió un poco más el corazón de los allí presentes, sin excluir á los que, oyendo hablar á la joven, parecían gravemente preocupados.

— ¡Tengo tiempo!

¿Ignoraba acaso la desdichada que su padre debía ser guillotinado de un momento á otro? ¿De qué antro, de qué tumba salía Gabriela para desconocer semejante inminencia, hallándose como se hallaba á diez pasos de la guillotina? Si en aquel momento hubiese vuelto la cabeza hubiera podido ver, á través de los cristales de la ventana, el cadalso apenas iluminado por la luz incierta del alba naciente.

— ¡Tengo tiempo!... El señor, que es un amigo, me lo ha asegurado; — repitió volviéndose hacia el rey Misterio. — La ejecución no ha de ser hoy... Y como al fin he podido ver á usted, creo que ya no será nunca... No me acuerdo de lo que iba diciendo... ¡Ah, sí! Hablaba del empleado de la Asistencia pública... Pues verá usted. En la misma casa que yo habito, arriba de todo, en una bohardilla miserable, vive una pobre mujer... Debe usted ir á verla, señor procurador é interrogarla, pero pronto, pronto, porque la infeliz está muy mala. Se llama la señora Didier. Ella me ha contado que su marido, el empleado de la Asistencia pública de que hablaba ahora mismo, no se suicidó como todo el mundo había creído, y como en altas esferas... sí, así decía ella, en altas esferas, fingían creer. Aseguraba, por el contrario, que á su marido lo habían suicidado, como según parece ocurre algunas veces en los asuntos políticos. Sí, ella me explicaba eso... Un día se encuentra á un hombre colgado de una ventana, como ese Didier; y no es que se haya ahorcado; ¡es que lo ahorcaron! Era un testigo comprometedor y lo han hecho desaparecer... Cosas de la política... También me dijo que su marido se ocupaba secretamente de política, que sabía mu-

chas cosas, demasiadas cosas, y que la víspera de su muerte el hombre estaba lleno de esperanza pensando en lo porvenir, seguro, según hubo de manifestarle, de que antes de mucho serían ricos y podrían retirarse de los negocios... Todo lo que me contaba aquella mujer me importaba poco, no tenía interés para mí; pero hubo de sosprenderme la fecha del supuesto suicidio de su marido, el 3 de Junio... Precisamente el 3 de Junio fué asesinado Lamblin y preso mi pobre padre...

Gabriela Desjardies se detuvo un instante en su narración, interrumpida por los sollozos, sin que nadie osara turbar el solemne y angustioso silencio. Solo R. C. se adelantó, como con deseos de levantarla, pero ella lo rechazó, obstinándose en continuar de rodillas.

— El 3 de Junio, señor procurador imperial, es una fecha terrible para mí. Yo he hojeado página por página la causa de mi padre mientras estuvo en poder de su abogado. He leído una y mil veces cada uno de sus folios. ¡Si hasta me los sé de memoria! Todo lo ocurrido el 3 de junio, particularmente, lo tengo grabado en la imaginación, con caracteres indelebles. El drama se desarrolló entre las siete y las ocho de la mañana. Al salir de casa, — entonces vivíamos en la calle de Rivoli, — mi padre se dirigió directamente al Palacio de Justicia, mientras que Lamblin, según consta en los autos, salió de su casa á las cinco de la mañana, y fué á visitar á uno de sus amigos que vivía en la plaza del Hotel de Ville. ¿Quién era ese amigo? La mujer de Lamblin lo ignoraba... por lo menos así lo ha declarado. Su marido hubo de limitarse según

parece, á decirle que aquel día le era preciso encontrarse temprano en el Palacio de Justicia, y que antes quería pasar por la casa de uno de sus amigos, en la plaza del Hotel de Ville. La instrucción no ha podido averiguar quién era ese amigo; tal vez el detalle le pareció sin importancia y no hubo empeño en esclarecerlo. Pero yo, señor procurador imperial, yo sé bien quién es el hombre á quien Lamblin visitó antes de hacerse asesinar en el Palacio de Justicia. Ese amigo es Didier, el mismo á quien se encontró suicidado poco después... No diga usted que no, señor procurador; me consta de modo indudable. La señora de Didier me dijo, en el curso de la conversación, que antes de habitar en el hotel del Mapamundi había vivido con su esposo en la Plaza del Hotel de Ville... ¡Figúrese usted lo que yo he debido insistir para que hablase, para que completara su relato!... Y como la pobre está muy enferma y débil, apremiada por mí que he sido su enfermera, confesó, creyéndose ¡qué sé yo! tal vez próxima á la muerte. Sí, señor, me aseguró que su marido había recibido la visita de Lamblin antes de suicidarse... Ella tuvo ocasión de verlo, por sus propios ojos, en su propia casa... Y esa mujer, se muere, señor procurador, esa mujer que sabe cosas terribles... Es preciso interrogarla de seguida, cuanto antes, mientras sea tiempo... Hay que escucharla si se quiere evitar una tremenda injusticia. Y eso es lo que quería decir á usted, señor procurador, desde hace quince días. Gracias á Dios he podido hacerlo; gracias á Dios y á este caballero, — añadió volviéndose hacia R. C. — que se ha convertido en un instrumento del Todopoderoso...

Mientras Gabriela Desjardies hablaba, Regine y Eustaquio Grimm habían ido retrocediendo poco á poco hasta llegar á colocarse detrás de Sinnamari. Hubiérase dicho que aquellos hombres buscaban instintivamente un abrigo en el procurador imperial, como si algún inesperado peligro les amenazase. Y como quiera que Gabriela se diese á andar de rodillas, suplicando rendidamente al procurador que no demorase por más tiempo el oir á la viuda de Didier, Sinnamari hubo de retroceder á su vez y con él retrocedieron naturalmente los demás, ocurriendo que Gabriela, que hasta entonces no viera nada de lo que la rodeaba, hubo de fijarse en la ventana y continuando la mirada su viaje á través del cristal, erró por la plaza y se detuvo al fin en la siniestra silueta de algo que era su pesadilla desde muchos días antes; en la de los brazos amenazadores del instrumento de muerte. Un grito ronco se escapó de su garganta, púsose en pie de un salto, y corriendo á la ventana hubo de comprender toda la extensión del infortunio que se cernía sobre su cabeza.

— ¡La guillotina! — pronunció con voz extraña, indefinible, salvaje.

Y se arrancaba los cabellos, atronando el salón con sus gritos lamentables, porque frente á la guillotina acababa de ver abrirse la puerta de la cárcel en cuyo umbral aparecía el cortejo de los hombres negros.

Capaz hubiera sido, en su dolor demente, de arrojarse á la plaza á través de los cristales, á no verse detenida en su loco intento por el hombre en quien un momento antes parecía haber colocado toda su confianza.

En la sala, todo el mundo parecía haber perdido por completo la serenidad. Regine se hallaba próximo á desfallecer; Eustaquio Grimm murmuraba frases incomprensibles; Filiberto Watt, por no ver lo que ocurría en la plaza, habíase vuelto de espaldas al balcón y se apoyaba contra el muro, como un hombre ebrio; Sinnamari, deseoso de ocultar la feroz alegría que iluminara de pronto su facies terrible, pasaba febrilmente un pañuelo por su frente, que el sudor humedecía; las dos mujeres, la artista y la cortesana, pronunciaban palabras incoherentes, lanzando al mismo tiempo gritos en los que palpitaban el horror, la desesperación y la piedad; maitre Mortemart se hallaba tan turbado que no podía acertar á poner orden en sus preciosos papeles, ni á guardarlos en la inmensa cartera; y por último, el pobre Bisón procuraba en vano encontrar en los puntos de su pluma, las frases arcaicas con que los escribanos acostumbran á redactar los acontecimientos judiciales de que son testigos. Solo R. C. parecía tranquilo. Pero tampoco lo estaba. Dominando sin embargo una emoción soberana, fijó su mirada en la mirada vacilante, perdida, de Gabriela, *y le ordenó que la apartase del espectáculo de la plaza.*

Recibió Gabriela el rudo choque de aquella mirada de acero, y retrocedió murmurando un nombre:

— ¡Roberto!

— Sí, Roberto; él es quien manda que espere usted; — murmuró el rey Misterio con voz tan dulce, tan *nueva*, que todos los presentes se sorprendieron al oirla.

— ¿Para qué aconsejarle la esperanza, — replicó

Sinnamari implacable, — si Desjardies ha muerto?

Y como al oir la terrible frase Gabriela cayó casi desvanecida en brazos de R. C., éste, antes de que la muchacha cerrara los ojos tuvo tiempo de señalarle un hombre que acababa de aparecer en el umbral de la puerta secreta por la que ella misma entrara poco antes, diciéndole al mismo tiempo con calma soberana:

— El señor procurador imperial ha mentido, señorita; su padre de usted vive.

Y así diciendo, puso en manos de Desjardies salvado, la preciosa carga que estaba á punto de escaparse de entre las suyas.

En aquel momento, y dominando los gritos de entusiasmo de los unos y los clamores de rabia de los otros, oyóse un gran ruido; producíalo el extraño é inverosímil personaje de que hablamos antes, que tenía algo de gnomo, de enano, de niño y de viejo, el cual acababa de precipitarse al suelo desde el elevado taburete en que se encaramara, para ver mejor sin duda. Acercándose á R. C. tomó su mano, sacudiéndola con feroz energía. En aquel momento sus ojillos vivarachos brillaban como carbunclos, y su rostro de pergamino aparecía fuertemente sonrosado. En medio al estupor de los circunstantes pronunció dos palabras, dos tan sólo, que expresaban sin duda la satisfacción que habíale producido el asistir como testigo á los extraordinarios acontecimientos que acababan de desarrollarse en aquel salón.

— ¡*All right!*

. . . . . .

. . . . . .

En la época, ya algo remota, en que hubo de ocurrir el inverosímil pero histórico drama cuyas principales escenas relatamos en este libro, la calle de los Sauces no tenía de calle más que el nombre, siendo en realidad una especie de riera limitada á ambos lados por muros ruinosos y solares tétricos, en uno de los cuales se alzaba un edificio pequeño de construcción antiquísima, el cual sosteníase aún en pie por no se sabe qué milagro de equilibrio, y quizás también por efecto de la voluntad de su propietario. Dicho edificio era una posada que por aquel entonces llevaba el título poco tranquilizador de *Posada del Presidio*.

El curioso que se decidía á empujar la puerta de la tal posada sentíase al momento interesado por la extraña decoración de las paredes, á la vez artística y espeluznante. Y es que las escenas de asesinato, de riñas, de pillaje, de venganzas y de amores, constituían el más preciado ornamento de las salas, bajas de techo y sombrías, testimoniando al mismo tiempo del eclecticismo de la clientela de la *Posada del Presidio*, clientela de la que, al parecer, no estaban excluídas las personas honradas ni los artistas.

Serían como las ocho de la mañana, de la misma trágica mañana que alumbrara la evasión de Desjardies, cuando un desvencijado coche de punto cuyo caballo cansino parecía haber subido con no poca dificultad la empinada cuesta de la antigua calle de los Molinos y la calle Gabriela, se detuvo en la plazoleta que no lejos de la calle del Mont-Cenis desciende en cuesta tan rápida hacia París que el extranjero, que por la primera vez pone su planta en aquella resbaladiza pendiente, experimenta vértigos y busca en

el acto algo á qué agarrarse para no morir empalado en alguna de las flechas góticas que descubre amenazadoras á centenares de metros más abajo.

De aquel coche se apeó un personaje á quien reconoceremos sin dificultad no obstante los amplios pliegues de la pelliza con que cubría su desmedrada persona. La nariz grande y descolorida y los ojos pequeños y vivarachos, visibles bajo la gorra de paño con que cubre su cabeza, han denunciado enseguida al gnomo que vimos por primera vez en la reunión de la plaza de la Roqueta.

Atravesó la plazoleta, apoyándose en un bastón tan corto como grueso, y llegado al extremo de ella descendió con gran rapidez la fúnebre calle de los Sauces de la que hablamos hace un momento. En tal hora matinal, la calle hallábase desierta, por lo que el hombrecillo llegó sin ser visto de nadie hasta el terraplén en el que se alzaba la *Posada del Presidio*, á la puerta de la cual golpeó repetidamente con el bastón, mientras gritaba:

— ¡Tía Fidela! ¡Tía Fidela!

En el primero y único piso de la hospedería se abrió entonces una ventana, y en el marco de la misma pudo ver el homúnculo la cara mofletuda, coloradota y reluciente de la posadera, quien procuraba en vano dar á su desgreñada cabellera la apariencia de un moño decente y respetable.

La dueña de la posada de asesinos en expectación de empleo y de pintorcillos sin blanca, era buena por naturaleza, usufructuaba un excelente carácter, y sabía olvidar fácilmente los favores que con frecuencia le era dado dispensar á no pocos de sus habituales

clientes, entre los cuales gozaba de grande y merecida popularidad.

— ¿Es usted, *señor* Macallán? — preguntó la buena mujer á la vista del enano. — Bajo enseguida; un poco de paciencia...

Resignado, el señor Macallán se puso á golpear el suelo endurecido con los pies, mientras caían, blandos y silenciosos, los primeros copos de nieve.

La puerta se abrió á los pocos momentos, y el hombrecillo penetró en la posada, diciendo á voces á la patrona:

— *Good morning! Gin and soda, please!*

Algo acostumbrada debía hallarse la tía Fidela á las excentricidades y aun á los gustos de su singular cliente, porque sin extrañarse poco ni mucho de sus modales, fuese hacia el mostrador, tras el cual encontró enseguida la ginebra y la soda pedidas, y con ambas cosas se dirigió hacia una sala interior, á la que daba acceso una escalera de tres ó cuatro peldaños.

El enano la había precedido, y se hallaba ya en la sala, cuyas paredes adornaban las extrañas pinturas murales de que antes hablamos.

— Tía Fidela, — dijo el hombrecillo, encaramado en un taburete; — tráigame usted también pluma, papel y tintero.

Cuando tuvo ante sí todo lo pedido, tragó una buena porción de su bebistrajo, y mojando con furia la pluma en el tintero escribió en un sobre la dirección de lord Aberdeen, en su castillo de Inverness, en Escocia. Hecho lo cual comenzó á redactar en inglés una carta, los términos de la cual, que rebosaban

entusiasmo, nos apresuramos á traducir para conocimiento del lector. Decía casi :

« Querido y grande amigo; *escribo á usted desde el interior de la posada del Presidio*. Acabo de pasar una noche inolvidable que me consuela de muchas otras cosas. ¡Noche estimulante, noche soberana, espléndida noche! (*What a splendid night*).

En este punto estaba de sus adjetivos el señor Macallán, cuando el ruido de la puerta, que se abría sin brusquedad, le obligó á interrumpir su trabajo.

— ¡El rey! —exclamó al darse cuenta de quién era el que acababa de entrar; — ¡el rey! ¡Usted es el rey, un rey verdadero, indiscutible!... *You are a right King!*... La mano. . Que sea enhorabuena... *Well!*

Era en efecto R. C. quien se encontraba en presencia de Macallán. Una larga esclavina negra le cubría de los pies á la cabeza, y su admirable y pálido semblante, iluminado por sus ojos profundos, de mirada en aquel momento extrañamente dolorosa, hallábase vuelto hacia su interlocutor, como si de él esperase algo más que sus efusivas congratulaciones.

Así debió comprenderlo Macallán, porque sonriendo imperceptiblemente, pareció tomar una resolución.

— *¡Come!* — dijo.

Y dando un salto sobre su elevado taburete, el gnomo se encontró en el suelo, apoyado en sus piernecillas entecas y en su recio y corto bastón. Fuese luego hacia la puerta y R. C. le siguió, dejando escapar hondo suspiro.

Fuera, la nieve caía cada vez más densa. Macallán y R. C. abandonaron sin embargo la posada, sin que la tía Fidela asomase por ninguna parte su cara gordinflona. Después de remontar un poco la cuesta de la calle de los Sauces, los dos hombres torcieron de pronto á la derecha, internándose en un sendero que cortaba la calle en ángulo recto.

Era un camino infernal, bordeado de muros ruinosos, de empalizadas podridas por la acción de las lluvias, y de alguno que otro árbol raquítico, que conducía directamente á un cementerio.

Si; allí había un cementerio cuyos muertos París había olvidado sin duda. Era un cercado no muy grande, de pronunciada pendiente, cerrado por una verja herrumbrosa que parecía no haber sido abierta desde muchos años antes. Mirando á través de dicha verja era fácil distinguir algunas tumbas abandonadas, cruces vacilantes y losas sepulcrales cuyas inscripciones hubieron de desaparecer, roidas por el musgo invasor, y lavadas sus débiles huellas por las lluvias invernales.

Aquel pobre y olvidado cementerio era el de San Vicente. Aun existe, y se asegura que en él se hacen enterramientos. Puede ser, puesto que frente á la verja se halla establecido un vendedor de objetos fúnebres. Detrás de los cristales polvorientos, cuatro coronas de siemprevivas muestran al visitante sus amarillas circunferencias.

Macallán y R. C. habíanse detenido.

— ¿Es aquí? — preguntó el rey Misterio.

— Aquí es; — contestóle Macallán.